

CAPÍTULO 8: LA PUERTA

Tras cenar la ensalada y sopa que Javi y Gabi habían preparado, Mónica, Teresa, Marta y Juanan habían sacado unas cervezas y estaban jugando a adivinar películas mediante mímica. Adolfo dibujaba apoyado en una de las ventanas del refugio, detallando con esmero uno de los bocetos de las cabras que había hecho a lo largo de la tarde. Mientras, el resto recogía los platos de la cena y se preparaban para dormir.

—Chicos, creo que yo voy a ir a acostarme ya. ¿Quedamos entonces en salir mañana a las ocho para no pillar demasiado calor andando? —preguntó Javi, bostezando.

—Por mí perfecto, que luego aprieta el sol y se hace más pesado. Así por la tarde nos damos un paseíllo cerca del refugio y echamos la tarde con calma—respondió Marta.

—¿El resto que opináis? ¿Lo veis bien? —volvió a preguntar Javi, queriendo asegurarse de que a todos los parecía apropiado.

—Que sí, pesado. Venga, a dormir, que en cinco minutos estamos levantándonos —bromeó Vicky, besando a Javi cariñosamente—. Buenas noches, chicos. No bebáis mucho, ¡que mañana no os levantamos!

—¡Buenas noches! ¡No hagáis cochinas, que no se come delante de los pobres! —se burló Teresa.

Poco a poco, el resto fueron despidiéndose y, alrededor de la una de la mañana, todo en el refugio era silencio. Mientras el resto dormía, Sonia estaba tumbada en la cama bocarriba, sin moverse para no despertar a Adrià. No sabía por qué, pero no conseguía conciliar el sueño, a pesar de estar cansada. Temblorosa, extendió la mano para mirar el móvil: las tres y cuatro minutos de la mañana. Desesperada, la joven decidió salir de la cama e ir a por un poco de agua, puesto que no cambiar de postura durante tanto tiempo para no molestar a Adrià había hecho que estuviese entumecida. En silencio, bajó de la cama y se dirigió con pasos lentos a la cocina. Al salir de la habitación, una corriente de aire frío la sorprendió. Extrañada, se dio cuenta de que la puerta de la calle estaba totalmente

abierta. Tras unos segundos dubitativa, llegó a la conclusión de que no era la única que no podía dormir esa noche. Tras llenar el vaso de agua, y tiritando por el frío, Sonia salió a la calle para tratar de averiguar cuál de sus amigos era el que había decidido dar un paseo nocturno. Al llegar al umbral de la puerta, preguntó en voz baja:

—¿Hola? ¿Quién anda ahí?

Tras esperar unos segundos una respuesta que no llegaba, la joven avanzó un par de pasos más hacia el exterior. El cielo nublado no dejaba ver demasiado bien, a pesar de que la luna brillaba con relativa fuerza hacía un rato.

—¿Chicos? ¿Hay alguien aquí fuera? —volvió a preguntar, esta vez con más fuerza.

De nuevo, la única respuesta que obtuvo fue el silencio. Apuró su vaso de agua y se giró de nuevo para entrar al refugio, dispuesta a volver a la cama. Cuando estaba a tan solo un paso de la puerta, un sonido, como de piedras cayendo o chocando, llegó a sus oídos. Nerviosa, la muchacha se quedó paralizada mientras intentaba identificar el origen del sonido. Con

delicadeza, Sonia giró el rostro, rebuscando en la oscuridad de la noche para tratar de detectar, al menos, en qué zona se escuchaba más el extraño ruido. En ese momento, el golpeteo de piedras aumentó en intensidad. Incomoda, entrecerró los ojos para tratar de vislumbrar algo en la oscuridad. En ese momento el ruido se detuvo en seco. A unos metros, creyó ver que algo se movía, aproximándose a ella. Tiritando por el frío y el temor, se separó unos pasos de la puerta, aproximándose a la figura que se acercaba, para tratar de identificar cuál de sus amigos era. De pronto, sin saber por qué, la puerta se cerró bruscamente con la corriente. Sonia, aterrada por el golpe, trató de abrir de nuevo, pero la puerta se había atascado, dejando a la joven en el exterior. Al voltearse para tratar de pedirle a su amigo, fuera el que fuera, que le ayudese a abrir para no tener que despertar a los demás, el corazón de la muchacha dio un vuelco. La figura oscura se había quedado parada unos metros más allá, inmóvil y observándola. Sonia, intranquila, preguntó con voz temblorosa:

—¿Gabi? ¿Javi? ¿Quién eres? Me estás asustando, tío. Deja de hacer el tonto...

La figura, impasible, comenzó a respirar de manera agitada, como exaltado. Lentamente, se agachó, dejando algo en el suelo. En ese momento, alguna de las nubes se movieron levemente y la claridad de la luna ayudaba a ver algo mejor. Sonia, conteniendo la respiración, logró ver que la extraña figura estaba dejando en el suelo una bolsa o una mochila. Un pequeño rayo de luna iluminó el brazo de la figura, aterrizando a Sonia en un segundo: No era una mano joven, sino que era la mano de un hombre mayor, sucia y algo arrugada.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —inquirió mientras giraba de nuevo el pomo de la puerta, tratando de abrir—. ¡Chicos! ¡Abridme la puerta!

El hombre, sin avanzar de su lugar, levantó lentamente la mano, señalándola a ella. Sonia, temblando y con un sudor frío que le bajaba por el cuerpo, comenzó a golpear la puerta con fuerza. El hombre la había señalado, y el miedo únicamente le

dejaba entender que la respuesta a su pregunta es que el hombre la quería a ella.

—¡Chicos, abrid ya la puta puerta, joder! —chilló, al tiempo que a sus espaldas escuchó una extraña respiración del hombre, como si le costase dejar entrar el aire, que consiguió que la sangre se le helase—. ¡Me cago en todo! ¡Abridme! ¡Chicos! ¡CHICOS! ¡ABRID, POR FAVOR!

A su espalda, la figura empezó a avanzar lentamente, con el brazo estirado señalándola. Las nubes habían vuelto a tapar la luna, rodeando a Sonia de una espesa oscuridad.

—¡Abrid! ¡ABRID! —Sonia rompió a llorar desconsolada, chillando con todas sus fuerzas y dejándose caer con los brazos sobre la cabeza, apoyada de espaldas a la puerta.

En ese momento, alguien trató de abrir la puerta desde dentro, forcejeando con la cerradura, logrando finalmente abrirla y haciendo que la joven cayese de espaldas contra el suelo.

—Sonia, ¿qué pasa? ¿Que haces en la calle? —preguntó Teresa, asustada.

—Cierra, ¡CIERRA LA PUERTA! —chilló Sonia, llorando y temblando mientras se arrastraba hacia el interior de la habitación.

—¡CHICOS! —esta vez era Teresa la que gritaba, intentando despertar a sus amigos, al tiempo que cerraba la puerta y echaba el pestillo.

Adrià apareció corriendo y asustado, puesto que al escuchar los gritos había visto que Sonia no estaba en la cama. Un segundo después, el resto de los amigos aparecen con las caras soñolientas y descalzos.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas voces? —en esta ocasión era Manuel el que preguntaba.

—La puerta... La puerta estaba abierta, he salido, creía que estabais fuera, he salido y... Estaba abierta y se ha cerrado sola... No podía abrir... Y había un hombre que me quería... No se abría... No me abráis, ¿POR QUÉ NO ME ABRÍAIS?

—Sonia, amor, calma, tranquila. Ya está, estás bien —le dijo Adrià, mientras se agacha y la abraza. Mónica también se acercó y le dio un abrazo, limpiándole las lágrimas.

—¡Está fuera! ¡Está fuera! —chilló la joven, histérica.

—¿Quién? ¿Quién hay fuera?

—¡UN HOMBRE!

Manuel se asomó por la ventana, sin ver a nadie en la calle.

—No se ve a nadie... Voy a salir.

—¡No! —Sonia se abrazó a Adrià, muerta de miedo.

—Adrià, llévatela a la habitación, que se intente tranquilizar.

Salimos contigo Manu —se ofreció Vicky, acompañada de Javi, Teresa y Gabi.

Tras mirar alrededor del albergue durante unos minutos, los cuatro jóvenes volvieron a entrar para ver cómo seguía Sonia.

—Mónica, ¿está más tranquila? ¿Os ha contado qué le ha pasado? —se interesó Gabi.

—Elvira, Adolfo y Adri están con ella. Se ha calmado un poco. No nos queda muy claro, parece que ha salido a por agua y la puerta estaba abierta. Se ha asomado creyendo que alguno estábamos fuera y se le ha cerrado la puerta. Aquí es cuando no nos queda claro porque se pone nerviosa. Dice que se le ha acercado un hombre y que cuando le ha preguntado qué

quería le ha dicho que a ella. Ha empezado a chillar porque se ha asustado y ha sido cuando Teresa ha conseguido abrir. ¿Habéis visto a alguien?

—No, nada. Vamos, tampoco es que se vea mucho, pero nos hemos alejado bastante y nada. Igual estaba medio dormida, ¿no? —preguntó Manuel.

—Pues no sé, no creo. Está muy nerviosa y asustada como para que sea una pesadilla o algo así. Vicky, ¿tienes algo para darle?

—Sí, creo que me he traído alguna pastilla para dormir en el botiquín, que como a veces a mí me cuesta...

—Vale, creo que le va a venir bien.

—Vamos a intentar dormir algo y mañana a ver si conseguimos hablar con ella. Javi, Manuel, ¿y si atrancamos la puerta, no vayamos a leches? —esta vez era Juanan el que hablaba.

—Sí, mejor —secundó Javi, haciéndole un gesto a los otros dos para que le ayuden a mover la mesa y ponerla frente a la puerta.

Tras echar la llave y dejarla metida en la cerradura por dentro, Javi, Juanan y Manuel buscaron la manera de atrancar la puerta. Mientras, el resto volvieron a sus habitaciones, entre tensos y asustados. Una vez colocada la mesa de forma que se hacía más difícil abrir la puerta desde fuera, los tres chicos volvieron a la cama. Al subir a su habitación, Javi vio que Vicky estaba rebuscando en su mochila para intentar encontrar el botiquín. Sigiloso, se acercó por su espalda y, bruscamente, le puso el brazo sobre el hombro, asustando a la chica.

—¿Eres gilipollas? ¡No tiene ni puta gracia, payaso!

—Ay perdón, no he podido evitarlo —dijo riendo.

—Te vas a reír de tu puta madre, imbécil —escupió Vicky, mientras cogía el botiquín del suelo y salía furiosa para llevarle la pastilla a Sonia.

Quince minutos después, tras asegurarse de haber calmado a su amiga, Vicky volvió a la habitación. Javi estaba ya dormido en la cama.

—Ahora te tenía que asustar yo a ti, capullo —susurró, molesta, para no despertar a su novio.

Al acercarse a la cama, se asomó por la ventana, intranquila. Tras unos segundos intentando que sus ojos se adaptan a la oscuridad del exterior, creyó ver algo moverse. Tras comprobar que el resto de sus amigos también estaban dormidos en sus respectivas camas, Vicky se metió en la cama con Javi, susurrándole al oído:

—Javi, creo que hay algo fuera...

—Será un bicho —contestó entre sueños.

—Joder, estamos apañados contigo... Venga Vicky, es un bicho. Calma, que el miedo no te domine —se dijo a sí misma.

Intranquila, consiguió dormirse, aunque pasó la noche inquieta y soñando que animales del monte la acechaban en la oscuridad.

Abajo, en el salón, se escuchó caer algo metálico. Adri, que desde el susto con Sonia no había conseguido conciliar un sueño reparador, salió en silencio y observó la habitación. Vio algo relucir a los pies. Al aproximarse, descubrió que era la llave de la puerta, que se había caído de la cerradura a la mesa y, de ahí, al suelo. El muchacho se aproximó, cogió la llave y volvió a

colocarla en la cerradura, asegurándose de que estaba correctamente cerrada, sin darse cuenta que, bajo la mesa, el payaso Stinky parecía observarle, inmóvil. Algo más tranquilo, volvió a su habitación y cerró la puerta.

A los pocos minutos, la llave giró sobre sí misma, dejando la cerradura abierta y saltó como por arte de magia hacia el suelo pero, esta vez, no hizo ruido al caer...